



TEXTO ORIGINAL: INGLÉS

RETIRO

Lunes 30 de septiembre de 2024

Fr. Timothy Radcliffe OP

Resurrección: Buscando en la oscuridad

Juan 20, 1-18

El año pasado, en el retiro, reflexionamos sobre cómo escucharnos unos a otros. ¿Cómo podemos enfrentar nuestras diferencias con esperanza, abriendo nuestros corazones y mentes los unos a los otros? Algunas barreras cayeron y espero que *empecemos* a ver a aquellos con los que no estamos de acuerdo no como oponentes, sino como condiscípulos, compañeros de búsqueda.

Este año tenemos un nuevo enfoque: “Cómo ser una Iglesia sinodal misionera”. Pero la base de todo lo que haremos es la misma: escucha paciente, imaginativa, inteligente y de corazón abierto. Incluso pensé en repetir las mismas charlas que en el último retiro, ¡pero lo podrían notar! Herbert McCabe OP se dio cuenta en el último momento de que iba a dar una conferencia a una distinguida sociedad teológica. Sacó una lección de sus archivos, se subió a su moto y llegó justo a tiempo. Cuando abrió sus notas, vio que había dado la misma conferencia a la misma sociedad un año antes. “¿Qué hiciste?”, le pregunté. “Dejé de lado los chistes. Son las únicas cosas que alguien recuerda”. Tus recuerdos seguramente son mejores.

La escucha profunda sigue siendo la base de todo lo que haremos este año. Es, dice la I. L., “el primer acto de la Iglesia” (60). El poeta Amos Oz dijo de su abuelo: “Él escuchaba. No se limitó a fingir cortésmente que escuchaba, mientras esperaba con impaciencia a que ella terminara lo que estaba diciendo y se callara. No rompió la frase de su compañera y la terminó por ella. No interrumpió para resumir lo que ella estaba diciendo para pasar a otro tema. No dejó que su interlocutora hablara en el aire mientras preparaba en su cabeza la respuesta que daría cuando ella terminara. No pretendía estar interesado o entretenido; realmente lo estaba”¹. Escuchar a Dios y a los hermanos y hermanas es la disciplina de la santidad.

Este año reflexionaremos sobre “la única misión de anunciar al Señor resucitado y su Evangelio” (I. L. Introducción) a un mundo que “habita en tinieblas y en sombra de muerte.” (Lucas 1, 79). Para guiar nuestras meditaciones, tomaremos cuatro escenas de resurrección según el Evangelio de San Juan: “Buscando en la oscuridad”, “La habitación cerrada”, “El forastero en la playa” y “Desayuno con el Señor”. Cada uno arroja algo de luz sobre cómo ser una Iglesia sinodal misionera en nuestro mundo crucificado.

¹ Amos Oz, *A Tale of Love and Darkness*, Vintage, Londres, 2005, p. 110.

Nuestra primera escena comienza en la noche: “Temprano el primer día de la semana, cuando aún estaba oscuro, María Magdalena vino al sepulcro”. (20.1). Aquí es donde nosotros también estamos hoy. Nuestro mundo está aún más oscurecido por la violencia que hace un año. Ella viene en busca del cuerpo de su amado Maestro. También nosotros estamos reunidos en este Sínodo para buscar al Señor. En Occidente, Dios parece haber desaparecido en gran medida. Nos enfrentamos no tanto al ateísmo como a una indiferencia generalizada. El escepticismo envenena los corazones incluso de muchos creyentes. Pero todos los cristianos en todas partes buscan al Señor, como María Magdalena antes del amanecer.

Nosotros también podemos sentirnos en la oscuridad. Desde la última Asamblea, muchas personas, incluidos los participantes en este Sínodo, han expresado sus dudas sobre si se va a lograr algo. Como María Magdalena, algunos dicen: “¿Por qué nos han quitado la esperanza? Esperábamos mucho del Sínodo, pero tal vez haya más palabras”.

Pero aunque esté oscuro, el Señor ya está presente en el huerto con María Magdalena y con nosotros. Antes de morir, Jesús dijo: “Si la semilla no cae en la tierra y muere, no queda más que un solo grano, pero si muere, da mucho fruto” (12.24). La semilla había sido sembrada en la rica tierra del jardín por José de Arimatea y Nicodemo, sembrada en una tumba nueva que nadie había usado. Está a punto de florecer. El amanecer está cerca. Como María Magdalena, recibiremos más de lo que buscamos si también nosotros estamos abiertos al encuentro del Señor.

En el jardín, nos encontramos con tres buscadores, María Magdalena, el Discípulo Amado y Simón Pedro. Cada uno busca al Señor a su manera; cada uno tiene su propia forma de amar y cada uno su propio vacío. Cada uno de estos buscadores tiene su propio papel en el amanecer de la esperanza. No hay rivalidad. Su dependencia mutua encarna el corazón de la sinodalidad. Todos podemos identificarnos con al menos uno de ellos. ¿Cuál eres tú?

Tomas Halik ha argumentado que el futuro de la Iglesia depende de su capacidad para llegar a los buscadores de nuestra sociedad. Estos son a menudo los “nones”. No me refiero a las religiosas contemplativas, sino a las personas que afirman que no tienen afiliación religiosa. Con demasiada frecuencia buscan el sentido de sus vidas. Halik escribe que los cristianos deben estar dispuestos a ser “buscadores con los que buscan y cuestionadores con los que cuestionan²”.

Todos los relatos de la resurrección están llenos de preguntas. Dos veces le preguntan a María Magdalena por qué llora. Pregunta dónde han puesto el cuerpo. Todos preguntan por qué la tumba está vacía. En el relato de Marcos, las mujeres preguntan: “¿Quién removerá la piedra por nosotros?” (16.3). Los relatos de Lucas sobre la resurrección están llenos de preguntas: “¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?” Jesús pregunta a los discípulos que huyen a Emaús: “¿De qué estáis hablando?” Entonces todos los discípulos dijeron: “¿Por qué tienen miedo? ¿Por qué surgen dudas en vuestros corazones?”. (24.38). La resurrección irrumpe en nuestras vidas, no como una simple declaración de hechos, sino en preguntas inquisitivas.

Las preguntas profundas no buscan información. Nos invitan a estar vivos de una nueva manera y a hablar en un nuevo idioma. El poeta Rainer Maria Rilke escribió: “*No busques las respuestas que no se te podrían dar ahora, porque no podrías vivirlas. Y de lo que se trata es de vivirlo todo. Vive las preguntas ahora. Tal vez entonces, algún día lejano en el futuro, poco a poco, sin siquiera darte cuenta, vivas tu camino hacia la respuesta*³”.

² Tomáš HALÍK, *Patience with God*. Doubleday, New York, 2009, p. 9.

³ Rainer Maria RILKE, *Letters to a Young Poet*, Carta 4, 16 de julio de 1903. Translated by N. D. Herter Norton, W.W. Norton and Company, 1934. Traducción nuestra.

La resurrección no es el recomienzo de la vida de Jesús después de una breve irrupción, sino una nueva forma de estar vivo en la que la muerte ha sido vencida. Y así irrumpe en nuestras vidas en primer lugar en los Evangelios como preguntas urgentes que no nos dejarán seguir viviendo de la misma manera. Del mismo modo, llegamos a este Sínodo con muchas preguntas, por ejemplo, sobre el papel de la mujer en la Iglesia. Estas son preguntas importantes. Pero no pueden ser vistas como simples preguntas sobre si algo será permitido o rechazado. Eso sería seguir siendo el mismo tipo de Iglesia. Las preguntas a las que nos enfrentamos deberían parecerse más a las de los Evangelios, que nos invitan a vivir juntos más profundamente la vida resucitada.

Y por eso debemos atrevernos a llevar a este Sínodo las preguntas más profundas de nuestro corazón, preguntas desconcertantes que nos invitan a una vida nueva. Al igual que esos tres buscadores en el jardín, debemos atender a las preguntas de los demás si queremos encontrar una manera renovada de ser Iglesia. Si no tenemos preguntas, o preguntas superficiales, nuestra fe está muerta. Cierta arzobispo, que no está presente hoy con nosotros, dijo a un grupo de novicios dominicos: “Asegúrense de que todos ustedes lean la Suma de Tomás de Aquino. ¡Contiene cincuenta y seis mil respuestas a todos aquellos que critican a la Iglesia Católica!”⁴ Tomás de Aquino se habría horrorizado. Como un niño, cuenta la leyenda, su primera pregunta fue: “¿Qué es Dios?” y su santidad fue negarse a cualquier respuesta porque, dijo, estamos unidos a Dios como a lo desconocido.

Si escuchamos las preguntas de los demás con respeto y sin miedo, encontraremos una nueva manera de vivir en el Espíritu. Como dije el año pasado, el lema de la Academia Dominicana en Bagdad es: “Aquí no están prohibidas las preguntas”. Somos María Magdalena y el Discípulo Amado y Simón Pedro, y sólo juntos encontraremos al Señor que nos espera.

Echemos un vistazo a cada uno de los buscadores y veamos qué pueden enseñarnos sobre cómo llegar a los buscadores de nuestro tiempo. María Magdalena se siente atraída por un amor que es tierno. Tiene los pies en la tierra, físico, de carne y hueso. Ella desea cuidar el cuerpo de su amado Señor. Sin duda, ella representa a todos aquellos cuyas vidas están impulsadas por la compasión por los heridos del mundo. La Madre Teresa, que buscó el cuerpo de su Señor en las calles de Calcuta. San Damián de Molokai, que dio su vida a los enfermos de lepra en Hawái.

Piensen también en esos millones de personas que no conocen a Cristo y que, sin embargo, están llenas de compasión por los que sufren. Al igual que María Magdalena, están buscando los cuerpos de los heridos. El mundo está lleno de llanto. Cuatro días después de iniciada la última Asamblea, Hamas cometió esas terribles atrocidades que sumieron al Oriente Medio en la guerra. La gente está llorando en Ucrania y, sí, también en Rusia por la muerte y mutilación de cientos de miles de jóvenes, como lloran también en Sudán y Myanmar. Uno de los grupos de estudio convocados por el Santo Padre se llama “Escuchar el grito de los pobres”. Podría llamarse “escuchar el clamor de los que lloran”. María Magdalena es su patrona.

Entonces María oye su nombre: “María”; “Rabbuni”. Es apropiado que aquella cuya vida está impulsada por un amor compasivo y tierno, tenga su vacío lleno con su nombre. Buscó un cadáver, pero encontró más de lo que podría haber soñado, el amor que está vivo para siempre. Nuestro Dios siempre nos llama por nuestro nombre. “Pero ahora así dice el Señor, el que te creó, oh Jacob, el que te formó, oh Israel: No temas, porque yo te he redimido; te he llamado por tu nombre, eres mío”. (Isaías 43.1.)

Su nombre significa encuentro, la presencia del Señor. Lo primero que sucede en el bautismo es la petición de un nombre. “¿Cómo te llamas?” o “¿Qué nombre le pones a tu hijo?” El nombre no es solo una etiqueta que se les pone a los niños para distinguirlos entre sí: eso me

⁴ Paul MURRAY OP, “Los dominicos y la llave del conocimiento,” I Charla a los frailes dominicos que estudian en Roma - PUST, Angelicum, 19 de febrero de 2023.

convertiría en el niño número 4. Nuestro nombre es una señal de que somos atesorados por Dios en nuestra singularidad.

El Papa Francisco contrastó la forma en que el emperador romano veía el mundo, a través de un censo contando sólo números, con la de nuestro Dios: “Querido hermano, querida hermana, para Dios, que cambió la historia en el curso de un censo, no eres un número, sino un rostro... Cristo no se fija en los números, sino en los rostros”.

Y por eso nuestra misión también es nombrar al Dios que nos busca en la oscuridad. Y para atesorar el nombre y los rostros de los demás también. Solo mediamos la presencia de Dios si estamos presentes los unos a los otros en este Sínodo. Gregory Boyle SJ trabaja con jóvenes pandilleros en Los Ángeles. El secreto de su ministerio es conocer sus nombres. No solo sus nombres oficiales o sus apodos, sino los nombres con los que sus madres les dicen cuando no están enfadados. Cuando llama al joven Lula por su nombre, “uno habría pensado que lo había electrocutado. Todo su cuerpo daba espasmos de alegría al ser conocido, al ser llamado, al oír su nombre pronunciado en voz alta. Durante todo su viaje por el paso de peatones, Lula se volvió y me miró, sonriendo⁵”.

Los regímenes tiránicos borran nombres y rostros. En Auschwitz, San Maximiliano Kolbe era el prisionero 16.670. El presidente de Rusia siempre se ha negado a nombrar al hombre que se le opuso valientemente, Alexie Navalny. Él era simplemente “una cierta persona”. Del mismo modo, Nelson Mandela se convirtió en el rostro de la oposición al régimen del apartheid. Y así, cuando fue encarcelado, se prohibió publicar una imagen de su rostro. Fue borrado de la memoria pública. Así que cuando después de décadas en prisión, le permitieron caminar por la playa, nadie lo reconoció. Su rostro había sido despojado de su poder.

Este sínodo será un momento de gracia si nos miramos los unos a los otros con compasión, y vemos a personas que son como nosotros, buscando. ¡Ni los representantes de los partidos en la Iglesia, ese horrible cardenal conservador, esa feminista aterradora! Pero los compañeros de búsqueda, heridos pero alegres. Debo confesar que se me da fatal recordar nombres, en parte es porque soy sordo. Esa es mi excusa. ¡Perdóname!

Pero el tierno amor de María Magdalena necesita sanación. Jesús le ordena: “No me toques”. Los eruditos han dado algunas explicaciones absurdas para esto, ¡la más inverosímil es que las heridas de Jesús todavía estaban doloridas! Él está diciendo que ella no puede tomar posesión privada de él. Su presencia para ella no es suya. La Resurrección es el nacimiento de su comunidad. “El Pueblo de Dios nunca es simplemente la suma de los bautizados, sino el “nosotros” de la Iglesia” (I.L. 3). “Ve a mis hermanos y diles: “Subo a mi Padre y a su Padre, a mi Dios y a su Dios”. Esta es la primera vez en el evangelio de Juan que llama a los discípulos “hermanos”. *Fratelli Tutti!* Ella debe liberar su amor de toda exclusividad! Entonces estará lista para predicar la Buena Nueva a los discípulos: “He visto al Señor”. Este es también nuestro reto. No para aferrarme a mi Jesús inglés o a mi Jesús dominicano, sino al Señor en el que todos somos hermanos y hermanas, ¡incluso los jesuitas! Este sínodo será fructífero si aprendemos a decir “nosotros”. “Mi Padre y su Padre, mi Dios y su Dios”.

Luego está el discípulo a quien el Señor amaba. Él también tiene su forma de amar y su vacío, la extinción de la luz de su vida. Deja que el viejo Pedro, resoplando y jadeando, entre primero en la tumba oscura, pero ve el espacio vacío entre los ángeles y cree. Este es el amor que da la vista. *Ubi amor, ibi oculus* (Ricardo de San Víctor). Donde hay amor hay vista. Él ve con los ojos del amor y así ve la victoria del amor. Su evangelio es el del águila, cuyos ojos se creía que miraban directamente a la luz del sol y no se cegarían. Su búsqueda es supremamente teológica.

⁵ *Ibid.*, p.47.

Este año pasé dos semanas en la *Escuela Bíblica de Jerusalén*. Los hermanos viven en la sombra de la muerte, a cuarenta minutos de Gaza. Permanecen allí, estudiando la Palabra de Dios, enseñando y orando. Permanecen como una señal de que “la luz brilló en las tinieblas y las tinieblas no la vencieron”. (Juan 1.5). El vacío de María Magdalena es sanado por la llamada de un nombre, la presencia, y el suyo por la luz que brilla en una tumba vacía. Así que encarna a todos aquellos que buscan comprender el sentido de nuestras vidas, el vacío en forma de Dios en nuestros corazones, como decía Blaise Pascal. Los pensadores cristianos, por supuesto, pero también todos los que luchan por encontrar luz en la oscuridad de nuestro sufrimiento: los poetas, los artistas y los cineastas que se niegan a creer que la oscuridad tiene la victoria. Para nuestra predicación de la Resurrección, los necesitamos, abiertos a su sabiduría, como lo estuvo santo Tomás de Aquino al pagano Aristóteles. Tomás de Aquino escribió que “toda verdad, no importa quién la diga, proviene del Espíritu Santo (*omne verum, a quocumque dicatur, est a Spiritu Sancto*)⁶” .

Luego está Simón Pedro. Su vacuidad es la más pesada de todas, la carga del fracaso. Negó a su amigo. Seguramente anhela esas palabras sanadoras que por fin se pronunciarán en la playa. Por lo tanto, nuestra misión pastoral también es estar con todos aquellos que están agobiados por el fracaso y el pecado y compartir el perdón que hemos recibido, nuestro propio descubrimiento de la gracia asombrosa de Aquel que “salvó a un desgraciado como yo. Una vez estuve perdido, pero ahora me han encontrado, estaba ciego, pero ahora veo”. Nuestra misión es nombrar al misericordioso que también nosotros necesitamos, como Pedro.

Así, en esta primera escena de la resurrección vemos cómo el Señor responde a tres formas de búsqueda que corresponden a tres vacíos en nuestra vida: el amor tierno que busca la presencia; la búsqueda de sentido, de luz y de perdón. Cada buscador necesita al otro. Sin María, no habrían llegado al sepulcro. Ella declara que el Señor está presente. Sin el Discípulo Amado, no entenderían el vacío del sepulcro como Resurrección; sin Pedro, no habrían comprendido que la Resurrección es el triunfo de la misericordia.

Cada uno representa a un grupo que se sintió de alguna manera excluido en la última Asamblea. María Magdalena también nos recuerda cómo las mujeres a menudo son excluidas de los puestos formales de autoridad en la Iglesia. ¿Cómo encontrar el camino a seguir, que la justicia y nuestra fe exigen? Su búsqueda es la nuestra. En la última Asamblea, muchos teólogos también se sintieron marginales. Algunos se preguntaban por qué se habían molestado en venir. No podemos llegar a ninguna parte sin ellos. Y el grupo que más se resistía al camino sinodal era el de los párrocos, los párrocos que comparten especialmente el papel de Pedro como pastores de la misericordia. La Iglesia no puede llegar a ser verdaderamente sinodal también sin ellos.

Cuando casi todo el mundo siente que *ellos* son los excluidos, ¿no debería haber competencia por ser vistos como víctimas! La búsqueda en la oscuridad del Señor necesita de todos estos testigos, como el Sínodo necesita de todas las formas en que amamos y buscamos al Señor, como necesitamos a los buscadores de nuestro tiempo, incluso si no comparten nuestra fe.

¿Cómo va a desbordarse esto en la misión? Estas palabras se atribuyen a Antoine de St Exupéry. Son incluso mejores que lo que realmente escribió: “Si quieres construir un barco, no reúnas a tus hombres y mujeres para darles órdenes, o para explicarles cada detalle de lo que deben hacer o dónde encontrar todo... Si quieres construir un barco, haz nacer en los corazones de tus hombres y mujeres el deseo por el mar.⁷!” Dale a la gente una muestra del infinito, y encontrarán sus propias formas de hacer botes y adentrarse en el vasto océano.

⁶ S T, I II, q.109, a.1, ad 1.

⁷ “Crear un barco no es tejer velas, forjar clavos o leer las estrellas, sino dar una sensación del mar, que es uno, y a la luz del cual nada es contradictorio, sino la comunidad en el amor”. (A. SAINT-EXUPÉRY, *Citadelle*, Gallimard, Paris, 1959, p. 687, traducción nuestra).

Cada uno de estos testigos está tocado por un amor que es infinito. María Magdalena está tocada por una ternura infinita; Los Discípulos amados son movidos por la búsqueda de un significado ilimitado; Pedro, por la necesidad de la misericordia que no tiene límites, no perdona siete veces, sino setenta veces siete. Si nos abrimos al anhelo infinito de los demás, lanzaremos el barco de la misión. Solo juntos, en las palabras de Efesios, “tendremos el poder de comprender con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que sobrepasa todo conocimiento, para que seáis llenos de la plenitud de Dios” (3.18,19).

Esta tarde encontraremos a los discípulos una vez más en la oscuridad, en la habitación cerrada con llave.